

PUEBLO
04
V.4

PQ 7183
04
V.4



ESTA OBRA ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



SETIMA PARTE

De 1887 á 1890

HOMENAJE DE CONSIDERACION Y AFECTO
AL SR. D. IGNACIO MARISCAL

CAPITULO PRIMERO

—
1887.

Nació Adelina Patti el 8 de Abril de 1843 en la casa núm. 6 de la calle de Fuencarral, una de las principales y más céntricas de Madrid, Capital de España, calle perteneciente á la Parroquia de San Luis, en que fué bautizada. Al venir á México, no contaba, pues, menos de cuarenta y cuatro años de edad. Hija de padres italianos, también artistas líricos, hizo sus primeros estudios en el canto desde su más corta infancia, y en 1851, es decir, á los ocho años de su nacimiento, se presentó por primera vez en las tablas en el Teatro Italiano de Nueva York, al amparo de la célebre Mme. Bosio. Discípula de su hermano político Mauricio Strakosch, eminente pianista, en 24 de Noviembre de 1859 cantó en Nueva York, también con un éxito colosal, *Lucia di Lammermoor*, recorriendo después con igual aplauso los teatros de las principales ciudades de América, Boston, Filadelfia, Baltimore y Nueva Orleans. Pasó á Europa en 1861 y obtuvo una no interrumpida serie de triunfos en Inglaterra, en Francia, en Holanda, en Bélgica, en Austria y en Prusia. Un pleito entablado ante los tribunales hizo saber que en un año que duraron estas excursiones, las cantidades recaudadas por sus tutores se elevaron á

003416

ia respetable suma de *ciento veinte mil pesos*. Declarada mayor de edad fué, á partir de 1864, una de las primeras cantantes del Teatro Italiano de París, y de allí salió á recorrer los teatros europeos, obteniendo en todas partes, Londres, Baden, Bruselas, San Petersburgo y Madrid, inmensas ovaciones. Sus grandes papeles estaban entonces en *Crispino e la Comare, Elixir d'amore, Linda, Lucia, Sonámbula, Rigoletto, Traviata, Pardon de Ploërmel* y otras. En Mayo de 1866 se unió en matrimonio con el Marqués de Caux, favorito de Napoleón III; este enlace no fué feliz y tras muchos escándalos, la diva obtuvo el divorcio y casó al fin con el tenor Nicolini, con quien aseguró su felicidad que se mantiene durable y firme. La suerte y la fortuna han sido pródigas con su talento, y no ha existido artista alguna en el mundo que haya acumulado con más facilidad y abundancia que Adelina Patti tan enormes riquezas cuales las suyas, haciendo á la vez las de numerosos empresarios. Todos los magnates, todos los príncipes, todos los reyes, todos los emperadores, la han buscado y honrado con su amistad, tratándolos y siendo tratada por ellos de igual á igual. Prodigio único en su especie, aun de la edad triunfa, y la solicitan empresarios y públicos, y se le pagan por lo menos *cuatro mil pesos* por cada noche que canta.

Soberanamente hermosa en su juventud, todavía se la ve graciosa y bella en las tablas, y al mirarla aparecer esbelta y rebosando vida en el foro, necesario es consultar sus biografías para convencerse de que cuenta los años que en efecto tiene. Aun su privilegiada garganta posee el secreto y el tesoro de sus escalas limpias y brillantes, sus dulcísimas notas picadas, sus cristalinos trinos y gorjeos, sus elegantes *fiorituri*, su naturalidad inimitable para triunfar de las más arduas y complicadas armonías, su asombrosa facilidad para emitir la voz, jugando con todo aquello que para otras artistas es un escollo que ven venir con terror, sus singulares vocalizaciones, sus realmente excepcionales facultades que le han dado, sin que nadie haya podido arrebatárselo aún, el cetro de reina y soberana en su arte. Su voz, capaz de todos los matices, de todas las *travesuras*, como la de correr por la escena sosteniendo un difícil y delicioso trino, capricho que por nadie ha podido ser imitado, jamás se borra de las memorias gratas de quien siquiera una vez la ha escuchado: nadie como ella ha sabido llorar y reír cantando y hacer á las notas gemir dulces como gorjeo de ruiseñor, ó estallar imponentes como rugido de león, cual si ignorase que el arte lírico haya tenido ni pueda tener dificultades ningunas. Sólo parece que así como las hadas de los cuentos concurrían á verter sus dones sobre la cuna de sus criaturas favoritas, todas las grandes artistas de los pasados tiempos asistieron al nacimiento de Adelina Patti para ponerla en el secreto de todos los méritos que á ellas las hicieron inmortales.

Creería ofender á mis lectores deteniéndome en ponderarles los méritos de una artista como la Patti, cuya supremacía reconoce sin contradicción todo el Universo civilizado, y á su vez fué en México reconocida y admirada. Pero algo aún debemos decir, relativo á su lujo y buen gusto en la escena. Lo de mayor mérito, lo de más valor, formaba su riquísimo equipaje, obra todo de las mayores celebridades en lo que se ha convenido en llamar *confecciones*: signo elocuente de su elegancia y de su costumbre de vestir bien, era la sobriedad de los adornos y el tacto especial en su combinación: sus valiosísimos brillantes no se ostentaban insolentes como los ostentan quienes están á ellos poco acostumbrados. Puede decirse que casi con modestia llevaba todos sus primores en encajes y en alhajas. Cualquiera diría, ha observado un cronista, que la Patti ignora, no sospecha que en piedras, sedas y encajes lleva sobre sí cientos de miles de pesos; cada uno de sus trajes provoca un movimiento de admiración, y las revistas extranjeras hacen de ellos extensas y especiales descripciones.

Mas pasemos á decir algo de sus conciertos en el Gran Teatro. Nunca éste se ha visto concurrido como en esa época. "Desde la galería á donde acuden las señoras calzando el guante de ordenanza y con excelentes trajes—decía *El Monitor*—hasta el patio en donde ahora se tienen por muy felices damas que jamás habían descendido de un palco, es el Gran Teatro el cuadro más acabado de la elegancia y de la belleza mexicanas." El reducido número de conciertos anunciados, la absoluta imposibilidad de conseguir á ningún precio las localidades de preferencia cuyos propietarios todos ó casi todos habían hecho uso de su derecho para ocuparlas á los precios de abono, dieron por resultado que los siempre desiertos palcos segundos y terceros se viesan tan perfectamente concurridos y por tan selectas familias como cualquiera de las plateas ó primeros. La misma galería no fué entonces una excepción, como que un simple y poco cómodo asiento valía para esos conciertos más que una luneta ó lugar en un palco en las mejores Compañías de Opera. "Lo repito, añadía con justicia el cronista del periódico nombrado, nunca se ha visto de esa suerte el Teatro Nacional, y creemos que la más ostentosa Capital europea, que el soberbio y aristocrático Londres, que la encantadora París, nada tendrían que extrañar en nuestro Gran Teatro en esas noches en que nuestra sociedad dorada se presenta en todo su esplendor."

Sigamos ahora á *El Siglo* en su reseña del primer concierto, verificado el 31 de Diciembre de 1886. "Desde las seis de la tarde de ayer se veía invadido el pórtico de nuestro Gran Coliseo por una multitud de personas que, ávidas de oír á la notable artista Adelina Patti, acudieron con mucha anticipación á ocupar sus localidades. Poco

á poco se fué llenando el salón, pudiéndose notar que la concurrencia era de lo más selecto de nuestra buena sociedad, figurando en los palcos segundos y terceros y aun en la galería, varias familias de muy buena posición, luciendo magníficos trajes y alhajas. El patio estaba también enteramente lleno, pues hasta en los pasillos se colocaron sillas numeradas. Los hombres se presentaron de frac y corbata blanca en su mayoría.

“A las ocho y media en punto, como estaba anunciado, dió principio el espectáculo con la obertura de *Zampa*, maestramente ejecutada bajo la dirección del hábil profesor Luis Arditi. En seguida se presentó el barítono Galassi á cantar una romanza de *Un Ballo in Maschera*, que fué poco aplaudida, pudiéndose desde luego notar que no estaba bien de voz el citado artista. Vino á continuación la Scalchi, que tanto se deseaba oír por su fama como contralto: cantó una aria de *Hugonotes*, de una manera correcta, dando á conocer su magnífica voz, cuyas notas bajas y medias son muy robustas; vestía un elegante traje de color claro y lucía valiosas alhajas de brillantes: fué muy aplaudida y llamada dos veces á la escena. A la Scalchi siguió el tenor Guillé que ejecutó el aria de *Marta*, atacando al final un *do de pecho* que le produjo general aplauso: su voz es simpática y bueno su método.

“Llegó la vez de que se presentara la Patti tan ansiada: excusado es decir que al pisar el palco escénico fué saludada con atronadores aplausos, después de los cuales reinó en el salón un religioso silencio, pues nadie quería perder una sola nota de la privilegiada garganta de la célebre *diva*. Esta se presentó con un riquísimo traje de brocado de color rosa, con delantero de punto de gasa muy fina, tramada de oro; la cauda era del mismo brocado, con grandes flores bordadas: en la parte superior del talle, y figurando un encaje, lucía una gran cantidad de brillantes de mucho valor, y en el cuello y brazos, y en la cabeza, otras distintas alhajas de las propias piedras, siendo éstas de gran tamaño y de un brillo deslumbrador. El rondó de *Lucia* fué la primera pieza que cantó, y en su ejecución nada dejó que desear; el público aplaudió con bastante brío é hizo salir á la artista dos veces á la escena. Sucesivamente fueron cantadas otras piezas por otros artistas, y después de un corto intermedio siguió la representación del segundo acto de *Semiramis*: la Scalchi cantó su aria con gran maestría, revelando que es una buena artista, opinión confirmada en el famoso dúo con la Patti, que los concurrentes recibieron con atronadores, prolongados y merecidos aplausos, pues á juicio de los inteligentes la ejecución fué verdaderamente magistral. Ambas artistas tuvieron la amabilidad de repetir el final de la pieza, lo que hizo renovar los aplausos. El espectáculo terminó á los tres cuartos para las once.”

Aunque no lo dice *El Siglo* en los párrafos que he copiado, la mayoría del público estuvo *reservado*, frío, con todos los artistas: no faltaron quienes dijese que aquello no valía el subido precio pagado por las localidades. Sin embargo, no nosotros, que no nos estimamos ni en lo más mínimo, crítico competente, el muy famoso de *Le Figaro*, de París, decía acerca de los conciertos, que poco antes acababa de dar la *Diva* en esa Capital, lo siguiente: “Es inútil decir que la eminente artista se ha mostrado á la altura de su reputación, y que conserva *en toda su plenitud* su voz privilegiada, su ejecución maravillosa y su gracia de siempre. A pesar de su ya larga carrera, apenas si se observa en ella fatiga alguna al emitir los raudales de afinadísimas notas que brotan de su garganta, y el más atento observador únicamente podría notar alguna mayor frecuencia en la respiración en las frases largas y lentas. Como era de esperar, el éxito ha sido en extremo lisonjero, los aplausos calurosísimos y las llamadas á la escena innumerables. Sus conciertos han absorbido la atención y el dinero de los aficionados, aun cuando la *Diva* ha sido tan sobria en hacer gala de su maestría en el canto, que sólo con tres piezas, y alguna no de grande extensión, ha querido regalar los oídos de sus admiradores en las dos funciones dadas hasta hoy”

Por fortuna, la reserva y la frialdad del público de México no pasaron más allá del primer concierto. “En el segundo—dijo *El Monitor*—el público quedó vencido, y aplaudió con espontaneidad y con frenesí á los artistas, que no comprendían la indiferencia ó la prevención de sus oyentes. El tenor Guillé entusiasmó con cuatro *do de pecho*, dados con admirable facilidad: la Scalchi fué muy celebrada; á la Patti se le hizo una entusiasta y continuada ovación. En esa noche, en el aria de *Traviata*, en el momento en que el canto de *Violeta* es interrumpido entre bastidores por el tenor, la Patti hizo un movimiento de sorpresa y su rostro tomó una gratísima expresión: la voz del tenor era la de Nicolini, quien, sin figurar en el programa de la Empresa, pues hacía mucho tiempo estaba retirado definitivamente de la escena, en que tanta fama obtuvo, quiso hacer ese agasajo á su esposa y saludar al público de México, aunque fuera sin presentarse á su vista: la emoción de la Patti y la suma delicadeza del timbre de voz del retirado artista, denunciaron lo que pasaba, y los espectadores, con cerrados y persistentes aplausos, obligaron á Nicolini á salir al proscenio, al que casi á fuerzas le sacó la gran artista, orgullosa de su marido y reconocidísima á la amabilidad del público. Al terminar ese segundo concierto, el inmenso y escogido concurso aguardó en el vestíbulo, en el pórtico y en la calle á la Patti, y la acogió con mil aplausos, á la vez que una banda de música la saludaba con *dianas*.”

El tercer concierto fué no menos espléndido que los precedentes,

y en él aumentó el entusiasmo de la concurrencia: como obsequio á ésta y fuera del programa, cantó la Patti un trózo de *Carmen* y un bolero español que terminó con un ¡ *Viva México!* y causó furor. En el cuarto concierto, en la noche del 6 de Enero, fué cantado el tercer acto de *Fausto* con la Scalchi en el papel de *Siebel* y la Patti en el de *Margarita*. "Todavía nos parece oírla en *Fausto*, decía el *Monitor*; jamás una *Margarita* más poética, más sentimental ha pisado las tablas de nuestro Gran Teatro. ¡Cómo sabe interpretar esa mujer las dulces sensaciones del amor! ¡Quién como ella habrá cantado, digámoslo así, las palpitaciones del corazón! ¡Quién expresado mejor la instintiva alegría de la joven que al mirarse al espejo se encuentra bella como las ilusiones que iluminan su cerebro, bella con aquellas joyas menos ricas que sus notas de oro y de diamantes! Habíamos oído cantar bien, es cierto, pero nunca ó rara vez con esa entonación que llega al alma, con aquel conjunto de perfecciones, con aquella riqueza de detalles. En el último concierto sorprendió al público la ilustre *Diva* con una canción llamada *El Eco* (de Eckert), que parece escrita expresamente para ella, según las dificultades de que está sembrada, según los efectos armónicos y melódicos que el autor puso allí para desesperación de una cantante menos admirable; á una nota grave contesta el eco una aguda; á una cascada de perlas responde otra de diamantes; á un sonido cristalino otro más puro, más tierno que el suspiro de la brisa, y es aquel un torrente de gorjeos, de trinos, un conjunto de vocalizaciones y de notas picadas, que dejan sin aliento al público que tantas maravillas escucha. Aquella garganta es más que una flauta. No se puede pedir ni imaginar siquiera agilidad más sorprendente. La *Diva* ha sido con el público mexicano más deferente, más amable que con ninguno de los públicos que á sus pies han quemado el incienso de la admiración. Como deseando mostrarle su habilidad en todos los géneros, cantó el conocido bolero *La Calesera*, que terminó con un ¡ *Viva México!* que llevó al colmo el entusiasmo, que causó delirio, frenesí. No pudo ser más amable una artista de su talla."

Para el domingo 9 se anunció, ya como función extraordinaria, *El Barbero de Sevilla*, fijándose los siguientes precios: palcos, plateas y primeros, ochenta pesos; segundos, sesenta; terceros, cuarenta; palcos de galería, quince; lunetas, diez; asientos de galería numerados, cuatro; galería general, dos pesos. Como de costumbre, todas las localidades fueron tomadas en pocos instantes. Por enfermedad, según se dijo, del bajo Novara, pero en realidad porque no había agradado al público y porque le tuvo miedo á un fracaso, sólo se cantó un acto de dicho *Barbero*, y otro de *Crispino e la Comare*, más algunas piezas de concierto. El público encontró, y con justicia, muy cara aquella colección de *retazos* líricos, pero no obstante se apresuró, como siem-

pre, á *devorar* las localidades del Gran Teatro para la representación del martes 11, en que, según se le dijo, se cantaría íntegro el anunciado *Barbero de Sevilla*, pues para sustituir á Novara había sido contratado el Sr. Greco, artista residente de tiempo atrás en la Capital. Los precios fueron los mismos que los señalados para la función del 9. La ejecución de la delicada ópera de Rossini fué una calamidad en su conjunto, y hubiese sido silbada si no se hubiera perdonado todo en compensación de oír y admirar á la Patti que estuvo, como no podía menos, admirable.

Mr. Abbey no había traído en realidad sino dos artistas, la Patti y la Scalchi: ésta, con su hermosa voz de legítimo contralto, tan fresca, tan limpia, tan extensa, tan vigorosa, tan elegante en el fraseo, tan admirablemente modulada, fué objeto de entusiastas y bien merecidas ovaciones. En el *Arsace* de *Semiramis*, en el *Siebel* de *Fausto*, en el *Pieroto* de *Linda*, la Scalchi se veía muy simpática en traje de hombre, y vestida de gran dama estaba hermosa. En la *Philine* de *Mignón*, fué aplaudidísima, lo mismo que en *Lucrecia*. En los dúos de *Fausto*, *Linda* y *Marta*, su voz se combinaba con la de la Patti hasta producir en el conjunto con ésta, efectos sorprendentes. El tenor Guillé, espléndido para *expedir* "dos de pecho," apenas servía para más: sin embargo, y haciéndole justicia, mereció elogios en algunos trozos de *Rigoletto* y del *Trovador*.

El barítono Galassi agradó poco, casi quedó mal; el bajo Novara no pudo pasar, y hubo de declararse enfermo para no ganarse un sofocón; Migliara y Corú, que de vez en cuando se presentaron en la escena, tuvieron la fortuna de que el público no quisiera hacer caso de ninguno de los dos. A los relevantes méritos de la Patti y de la Scalchi, á los infinitamente inferiores de Guillé, deben agregarse los del Maestro Luis Arditi, como director; bajo su habilísima batuta la orquesta hizo maravillas en los intermedios.

El jueves 13 del mismo Enero se dió la última función de la Compañía á beneficio de Adelina Patti. Su recuerdo vive incólume aún en cuantos tuvieron la fortuna de poder concurrir esa noche al Gran Teatro, lleno, hasta reventar, de la más escogida concurrencia: las señoras mexicanas se presentaron esa noche hermosas como siempre y ostentaron un lujo en el adorno de sus bellas personas y un buen gusto en sus trajes, ambos de lo más correcto é irreprochable. Entre esas damas figuraba en primer lugar la muy distinguida Sra. D^a Carmen Romero Rubio de Díaz, esposa del Presidente de la República; á esa distinguidísima señora, mucho más notable por su belleza angelical y sus virtudes infinitas, que por su elevada posición, de la que sólo ha usado para hacerse adorar por todo el país, que se enorgullese con sus cualidades y méritos, y la venera casi como á una santa, dedicó la gran artista su función de gracia. Dicha Sra. Romero